



# CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

**Mirko Covacevich Pérez**

*Pontificia Universidad Católica de Chile*  
mrcova@hotmail.com

## Utopía distópica. La “falsa calma” de las ciudades fantasma de la Patagonia

## Dystopian Utopia. The "False Calm" of the Ghost Cities of Patagonia

### Resumen

*Falsa calma* es una denuncia de la distopía en que devino la utopía patagónica de los hidrocarburos de mediados del siglo XX. Los mismos campamentos petroleros que en tan poco tiempo poblaron la Patagonia bajo la consigna del desarrollo, hoy día sucumben ante la falta de oportunidades. Pueblos a medio hacer, abandonados por el Estado, cuyos habitantes sobreviven a duras penas en un entorno adverso. Pero no se trata ya de la hostilidad de la naturaleza “salvaje”, que tanto retrataran las narrativas del XIX: es la propia decadencia de la civilización la que corrompe las bases de la sociedad.

### Palabras claves

*Patagonia, civilización y barbarie, ciudades fantasma, campamentos mineros, Cerro Sombrero.*

### Abstract

*Falsa calma* is a denunciation of the dystopia in which the Patagonian utopia of hydrocarbons of the mid-twentieth century became. The same oil camps that populated Patagonia in such a short time under the slogan of development, today succumb to the lack of opportunities. Half-done villages, abandoned by the State, whose inhabitants barely survive in an adverse environment. But it is no longer about the hostility of the "wild" nature, which the narratives of the 19th century portrayed: it is the decadence of civilization itself that corrupts the foundations of society.

### Keywords

*Patagonia, civilization and barbarism, ghost cities, mining camps, Cerro Sombrero.*

### ***Falsa calma, un relato psicogeográfico***

*Falsa calma* (Seix Barral, 2005; Alpha Decay, 2016), de María Sonia Cristoff (Trelew, 1965), es una crónica de viaje relatada en primera persona, que recorre una serie de “pueblos fantasma” de la Patagonia argentina<sup>1</sup>, en decadencia tras la declinación de la actividad petrolera de la empresa Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Como crónica, no pretende abordar la temática a la manera de un reportaje periodístico, sino como una suerte de estudio psicológico sobre la soledad y el aislamiento que se vive en las ciudades patagónicas.

Además del prólogo –que, siendo exclusivo de la segunda edición, constituye una suerte de ensayo sobre la crónica como género literario– y de una breve nota introductoria –donde Cristoff ahonda sobre su pasado patagónico–, el libro está compuesto por diez capítulos que transitan por distintos personajes y localidades del interior patagónico. Cada uno de estos relatos podría ser leído independientemente, como pequeños reportajes de viaje o cuentos cortos; pero su conjunto permite articular esa atmósfera tan desoladora con que la autora insinúa que la Patagonia no sólo representa una frontera geográfica entre la civilización y la barbarie –en el sentido en que la entendieron los numerosos cronistas del XIX–, sino una frontera psicológica entre la cordura y la locura. De ahí la aplicación del término de “relato psicogeográfico” que tan acertadamente aplicara Blanca Carvajal (2017) para referirse a este libro.

Muchos de sus personajes están, en efecto, al borde de la locura (¿de la barbarie?), encerrados en sí mismos y cada vez más aislados. León, propietario de uno de los dos kioscos de Cañadón Seco, repite incansablemente la frase “pensar que volví por una semana y me quedé para siempre” (31), a modo de conjuro, como queriendo despertar del mal sueño que lo condujo, inexplicablemente, hasta el presente. Martina, suicida frustrada, visita a su padre agonizante, al que nunca antes ha visto, sólo para decirle, con un desprecio infinito, que siempre lo odió y que lo

<sup>1</sup> Específicamente las localidades de Cañadón Seco, Maquinchao, El Cuy, El Caín y Las Heras (provincias de Río Negro y Santa Cruz).

sigue odiando. Sandra, en sus delirios de vidente, denuncia la existencia de una siniestra secta, digna de ciencia ficción, que invade y destruye las mentes de sus vecinos para invocar los números ganadores de la lotería. Así, las historias se tornan cada vez más sórdidas y desesperanzadoras, para terminar con el fenómeno suicida de la ciudad de Las Heras. “Las Heras” –dice Cristoff– “parece encarnar, como ningún otro lugar del Sur, todos los discursos que, de Pigafetta en adelante, definieron a la Patagonia como un lugar parecido a las tinieblas” (236). También Darwin había percibido esta lúgubre propiedad patagónica durante su breve paso por Tierra del Fuego: “en estas tristes soledades que visito actualmente, la muerte, en vez de la vida, parece reinar como soberana” (259).

La inconcebible ola de suicidios que afecta a esta localidad desde la década de los noventa ha llamado la atención de más de un cronista. Entre ellos, la escritora Leila Guerriero, con su obra *Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo patagónico* (2005). De acuerdo a Federico Kukso, “Guerriero arroja la misma hipótesis que María Cristoff utiliza en su *Falsa calma*: el ambiente –en este caso, la presencia fantasmal del desierto patagónico como escenografía– ejerce sobre la gente un influjo tan poderoso que moldea hasta las identidades” (2005). Este artículo propone precisamente un recorrido en busca de esa “identidad” patagónica, en torno al relato de Cristoff y a la manera en que las nociones del desierto, la muerte, los fantasmas y la soledad, que originalmente eran atribuidas a la naturaleza patagónica, fueron transferidas a sus ciudades.

### **Cristoff y el mito de la Patagonia en la literatura de viaje**

Desde su incorporación al mapa del mundo en el año 1520 –gracias a la primera expedición de circunnavegación realizada por Magallanes y Elcano–, la Patagonia se fue configurando como la manifestación espacial de la antinomia civilización y barbarie. O bien, como reflejo del salvajismo que pervive oculto en toda voluntad civilizadora. A modo de breve reseña histórica, se podría decir que la mayoría de las expediciones geográficas efectuadas entre los siglos XVI y XIX experimentaron terribles naufragios, hambrunas, traiciones y asesinatos, sentando

las bases de la producción del espacio narrativo patagónico. Las ciudades fundacionales, por su parte, sufrieron escasez, destrucciones y abandono. La única ciudad patagónica que sobrevivió desde la época colonial hasta nuestros días fue Carmen de Patagones (fundada en 1779), pero lo hizo en condiciones bastante precarias. En 1842, el naturalista francés Alcide D’Orbigny resumía el aspecto de la ciudad del siguiente modo:

Difícil fuera imaginar otra residencia más triste: represéntese uno encima de una colina pelada, ó [sic] bien ofreciendo solo algunos raros y tristes brezos por toda vegetación, un reducto señalado apenas por algunas troneras y la bandera que en él se levanta; y algo más abajo, en la pendiente inclinada hácia [sic] el río, de quince á [sic] veinte casitas rodeadas con algunas empalizadas construidas con el fin de tener los caballos y ganados; de cuando en cuando, en ambas márgenes, un corto número de malos árboles que parece crecer á [sic] pesar suyo sobre un terreno ingrato, haciendo más excesiva la desnudez del resto del paisaje, en todas direcciones y hasta el más lejano horizonte... (1842, p. 260)

Poco después de comprobado el éxito de la industria pecuaria en la Patagonia Austral –entre los años 1876 y 1877– comenzó la persecución sistemática de los indígenas durante la llamada Conquista del Desierto (1878-1885) y el auge del gran latifundio ganadero desde fines del siglo XIX y principios del XX. Más adelante, la provincia argentina de Santa Cruz fue escenario de un grave conflicto social protagonizado por los trabajadores anarcosindicalistas que se oponían a la explotación latifundista, los que fueron violentamente reprimidos por el Estado argentino mediante el fusilamiento injustificado de varios centenares de obreros y peones de estancias (1920-1921)<sup>2</sup>. La paradoja: pese a estar ubicada a un costado del estrecho de Magallanes, que durante el Renacimiento fue conceptualizado como

---

<sup>2</sup> Osvaldo Bayer denunció estos hechos en su conocida obra *Los vengadores de la Patagonia trágica*, publicada en cuatro tomos entre los años 1972-1974.

una suerte de portal geográfico para acceder a un nuevo *Plus Ultra* global, la Patagonia se fue construyendo en el imaginario colectivo como un enorme obstáculo para la civilización, un paisaje vacío y desolado, escenario de muerte y salvajismo.

Dadas las dificultades de colonizar el territorio, los relatos de viajes a la Patagonia contribuyeron “a la formación del mito patagónico como desierto, tierra de nadie, inconmensurable” (Livon-Grosman 34). Este mito es, en realidad “un doble mito, el de la región como un territorio primigenio y tierra de nadie, y el de ese territorio como parte integral de la nación” (10).

Ernesto Livon-Grosman divide esta literatura en tres estadios: el primero abarca los antecedentes no criollos de la zona, principalmente a través de la obra de Antonio Pigafetta –que presenta la Patagonia como un desierto extremo habitado por gigantes–, Thomas Falkner –que le otorga cierta volumetría o *tridimensionalidad*, postulando que la región no es sólo una extensa costa en torno a un gran espacio vacío, sino que tiene un territorio interior habitado y habitable– y Charles Darwin –que la integra como parte de su discurso científico sobre el origen de las especies–; el segundo, que, a través de la narrativa de Francisco Moreno, constituye el inicio de la simbolización del territorio patagónico, mediante la construcción de un proyecto político, científico y diplomático; y, el tercero, que, a través de William Hudson, subvierte la dicotomía civilización y barbarie, revalorizando la naturaleza como posibilidad de una “experiencia de revelación personal” y como “recuperación de lo primitivo” (31-33).

Alejandro Gasel (2011), por su parte, reduce las tres categorías anteriores a dos: una que comprende la “escritura imperialista” desde Pigafetta hasta los viajeros ingleses del XIX, y otra que contribuye a la construcción del proyecto de nación, como la narrativa de Francisco Moreno y Roberto Payró. Pero además agrega una tercera variante, que

Reescribe al territorio desde el lugar del testimonio y de la denuncia. Con un fuerte tono perlocutivo, establece una caracterización del territorio a

partir de las huelgas del veinte en la Patagonia, la actuación disciplinadora y de exterminio que el Estado lleva adelante mediante la represión de un conjunto de obreros peones de estancia que se encuentran en huelga constituye el tema de la denuncia testimonial. (50)

Dentro de esta última categoría testimonial, junto a otras obras de autores como José María Borrero, Osvaldo Bayer y David Viñas, Gasel incluye *Falsa calma* de Cristoff. Para Gasel, estos autores reconvierten el relato de viaje mediante un juego dialógico con “una memoria pasada, decimonónica y de las crónicas de conquista, pero en cuyo proceso ingresan nuevas formas de la Patagonia Austral propias de la contemporaneidad” (58). De esta manera, el testimonio pasa a ser un “artefacto” de documentación:

Esas nuevas formas son los emplazamientos como locus que emergen como temáticas aprehendidas del contexto histórico, en especial, la desresponsabilidad [*sic*] del estado sobre un territorio que lo había nacionalizado a principios del siglo XX a través de la presencia de agencias nacionales. Los pueblos fantasmas, los piquetes, la irrealidad, los suicidas se conjugan como huella de esa política del Estado que está ausente y que trata de convertirse en estos relatos como verdaderos artefactos para documentar. (Gasel 58-59)

De acuerdo a John Beverly, el testimonio “permite la emergencia –aunque mediatizada– de identidades femeninas, homosexuales, indígenas y proletarias, entre otras” (cit. en Avelar 39). Si estando fuera del marco elitista latinoamericano el testimonio es la voz de los marginados, ¿qué mejor género literario que este para abordar la Patagonia, un territorio históricamente relegado? Ricardo Martínez Llorca señala que *Falsa calma* está “escrito con el mejor estilo oral, o falsamente oral, con un lenguaje de reportero no literario, con la sintaxis y el vocabulario que nos permite identificar a las personas” (2016). En efecto, gracias a su particular

estilo narrativo, Cristoff logra introducir imperceptiblemente el testimonio dentro de la crónica, permitiendo que sus interlocutores, transformados en personajes, hablen a través suyo sin perder su identidad.

En su prólogo, Cristoff se opone a la idea de la crónica como “una narrativa escrita bajo los preceptos de los manuales de ética periodística a la que luego se debe edulcorar con literatura” (11). Periodismo y literatura, ambos componentes de la narrativa de no ficción, no deben comprenderse necesariamente como cosas separadas, en donde el periodismo está limitado por sus preceptos éticos –“con sus concepciones de verdad y realidad, su función de informar, su rechazo a la invención y sus prácticas de chequeos exhaustivos”–; y donde la literatura se añade como mero accesorio ornamental (12). Para la autora, más allá de los contenidos o de la destreza narrativa del escritor, lo crucial es “el lugar desde donde se escribe” (13), que ha de ser un lugar de libertad: el escritor debe ser capaz de *transitar* su propia poética con libertad.

Los primeros habitantes blancos de la Patagonia se hicieron conscientes de su situación periférica con respecto al resto del mundo al poco tiempo de su llegada. Esto, a diferencia de los pueblos originarios, que, pese a su nomadismo, siempre se emplazaron en el centro mismo de su universo. Pareciera que el nomadismo es, en contraposición al sedentarismo, la forma “correcta” de poblar la Patagonia. Esto es, probablemente, lo que ha llevado a Pablo Chiuminatto y Roberto del Río a argumentar que, “en contra de toda cartografía estática, la Patagonia requiere una escritura similar a la descrita por Deleuze, quien la sistematiza y describe como una distribución nómada. Una escritura que se va forjando a medida que se experimenta el territorio, cuya lectura exige una perspectiva geocrítica o geopoética” (82). Por eso la expresión de “transitar la poética con libertad” utilizada por Cristoff resulta tan afín al territorio en cuestión.

La utilización de la primera persona, argumenta Cristoff, permite acercar la narración al lector, no como entrada al confesionario, sino como “una figura propagadora de lecturas, y de los sentidos que vienen con esas lecturas” (19). De ahí la utilización del concepto de *narrador bifronte*, aquel que narra en primera

persona, pero por quien fluye el relato de una tercera persona, o que, en ocasiones, incluso se comporta como tal. En efecto, en la breve nota introductoria del libro, Cristoff señala: “Los cuentos llegaban a mí, la atmósfera actuaba de ventrílocua. De ahí surgió la voz bifronte que cuenta lo que sigue: todo el tiempo traté de mantener el control pero, tengo que reconocerlo, hay momentos en que esa atmósfera habla a través de mí” (27).

La narrativa de no ficción, concluye Cristoff, es “una forma literaria en la que confluyen elementos de la autobiografía, un trabajo con los documentos que no excluye la imaginación y la traza de un narrador que ante todo es lector” (17). Para justificarlo, se remite a la etimología de la palabra “ficción”, cuyo origen está en el verbo latino  *fingere* , que no significa fingir, sino forjar, armar, articular; de donde se desprende “que la ficción no reside (o al menos no reside únicamente), en la invención pura sino en la articulación de materiales que acá llamo documentos, la ficción como construcción” (20). La ficción, como construcción en base a fragmentos; y la construcción, se podría concluir, como mito. Porque, siendo Cristoff continuadora de esa larga estirpe de cronistas que han escrito sobre y desde la Patagonia, su obra tiene ese carácter perlocutivo que no solo abunda en referencias al mito, sino que, precisamente por su repetición, lo reafirma.

### **Epítome de una utopía distópica: El caso de Cerro Sombrero**

Fuera de los intentos infructuosos de poblamiento español realizados durante la Colonia, la colonización moderna de la Patagonia comienza aproximadamente a mediados del siglo XIX; primero, gatillada por razones geopolíticas; y luego, potenciada por las auspiciosas posibilidades ganaderas y comerciales. Esta situación se vería intensificada durante el siglo XX por el hallazgo de hidrocarburos en Argentina (Comodoro Rivadavia, 1907) y Chile (Tierra del Fuego, 1945), anunciando una nueva era de progreso para la Patagonia. Entre otras cosas, su explotación prometía la posibilidad de urbanizar por primera vez el interior rural.

El caso más emblemático de las utopías patagónicas se encuentra en la Tierra del Fuego chilena. Debido a la horizontalidad del paisaje fueguino, a su clima hostil, y a la falta de centros poblados u otros referentes territoriales, este proyecto fue una experiencia similar a la de colonizar la luna. En palabras de Pía Acevedo:

En efecto, las dificultades propias para trabajar en un territorio aislado e inhóspito en lo climático, hicieron necesario generar las condiciones propicias para el asentamiento permanente de los trabajadores de la empresa y sus respectivas familias en la isla, obligando al desarrollo de infraestructura apropiada para que hombres, mujeres y niños tuvieran una buena calidad de vida. (21)

Y Alejo Gutiérrez:

Así, frente al viento, el frío, las distancias, la oscuridad temprana, el aislamiento geográfico, la empresa buscaba proveer espacios cerrados para la educación, la salud, el esparcimiento, el deporte y el posible desenvolvimiento de una vida “normal” en un territorio que sólo parecía querer expulsar a los indoblegables petroleros de Chile. Frente al aislamiento familiar y a la distancia emocional, fueron los enapinos los llamados a consolidar un espacio yermo en un hábitat social, el transformar una vivienda en un hogar. (18)

La épica petrolera. El heroísmo empresarial e individual que lleva a los “indoblegables petroleros” a conquistar el sur construyendo de la nada. Entre 1959 y 1962, la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) –símil chileno de YPF– se abocó a la tarea de levantar cinco campamentos *ex novo*<sup>3</sup>. De acuerdo a Acevedo, “cada uno de los campamentos era un mundo en sí mismo”, pero formaba parte de una

---

<sup>3</sup> Manantiales (1953), Puerto Percy (1950), Terminal Clarencia (1950), Cerro Sombrero (1958) y Cullen (1962).

gran red articulada por los caminos que había construido la empresa, permitiendo la realización de numerosas actividades sociales y culturales (21-22). Así como había ocurrido en otras regiones del país –en particular en ese otro gran desierto, el del norte–, “la localización de los yacimientos minerales actuó como el gran ente ordenador del espacio para la configuración de enclaves humanos que permitieran el desarrollo de los procesos productivos” (Gutiérrez 17).

Desde muy temprano, ENAP se percató de la necesidad de contar con un centro administrativo equidistante entre sus campamentos. Así es como Cerro Sombrero, un pequeño asentamiento para no más de cien familias, fue implementado con instalaciones muy avanzadas para la época, tales como polideportivo, solárium, cine y piscina temperada, –lujo, éste último, que ni siquiera la capital regional, Punta Arenas, ostentaba–. Sus edificios emblemáticos se diseñaron de acuerdo a los “referentes y modelos de los principales centros de arquitectura moderna” latinoamericana de la época, tales como la urbanización del lago de Pampulha, en Brasilia, de Oscar Niemeyer, y la Biblioteca de la Facultad de Ingeniería de la Ciudad Universitaria de Caracas, de Carlos Villanueva (Hecht 4).

Pero el destino de cualquier utopía parece ser la distopía. El *Diccionario de la lengua española* ofrece dos definiciones para la palabra “utopía”: a) “plan, proyecto, doctrina o sistema deseables que parecen de muy difícil realización” y b) “representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano” (<https://dle.rae.es/utopía>). De lo anterior se entiende que la palabra utopía está referida tanto a un modelo social ideal como a las dificultades de llevarlo a cabo. En efecto, su raíz etimológica, del griego “no-lugar” (*οὐ*: “no” y *τόπος*: “lugar”), parece indicar la imposibilidad de su concreción real. Demasiados imponderables, demasiadas trabas impensadas socavan hasta el más prolijo y puntilloso de los esquemas. Y en la desintegración del sueño se manifiesta su antítesis. Luis Núñez Ladeveze advierte que toda utopía contiene la semilla de una distopía: “las ideas que hacen la utopía, al convertirse en hechos, al tratar de sortear la larga aventura que separa las bellas palabras de los actos humanos,

generan la distopía” (15). El mayor problema que enfrenta un proyecto utópico está implícito en su misma definición: no se trata del anhelo que lo motiva ni de su posterior construcción, sino del “resultado y el esfuerzo posterior del intelecto para asumirlo rellenando de nuevo los huecos vacíos, pero sin fuerza suficiente para reconocer su impotencia” (80).

Pues bien: como toda utopía, también Cerro Sombrero devino distopía. Los profundos vínculos sociales y afectivos construidos en la insularidad fueguina, “se vieron fragmentados debido a que las necesidades productivas y económicas obligaron a abandonar paulatinamente los campamentos a partir de fines de la década de 1970 –a excepción de Cerro Sombrero– y sus habitantes trasladados a otras zonas de la región o del país” (Acevedo 23-24). Para Gutiérrez, este es el triste ciclo de vida de las ciudades mineras: “nadie habita allí salvo que la mina esté funcionando. Pocos habitaban allí antes de que la mina se descubriese. Menos habitarán allí una vez que ésta cierre. Es el sino del territorio minero” (17). Siendo su fuente de vida un recurso natural limitado, su destino es el abandono. Hoy día Cerro Sombrero se debate entre la declinación demográfica y la voluntad de proteger su patrimonio arquitectónico, ya que el centro cívico fue recientemente declarado Monumento Histórico y el área residencial Zona Típica. ¿Pero quién se ocupa de los postergados, de los que quedan atrás, sabiendo, o al menos intuyendo, el futuro que les espera? Cabe preguntarse, como lo hace Cristoff, “¿Cómo se ensambla esta falta de horizontes [...], con la idea del horizonte sin límites al que hacen continua referencia los folletos sobre la Patagonia?” (231).

La noción de no lugar ha sido profundamente estudiada por Marc Augé (2000), pero ya no en el sentido de la utopía como un modelo ideal o su posterior ejecución, sino en referencia a aquellos espacios transitorios producidos por la *sobremodernidad* que no califican exactamente como lugares. Pero hay algo de distópico en estos espacios perdidos o residuales. Hay, como en la Patagonia, vacíos; hay desolación. Hay marginación y enajenación. “Hay espacios –dice Augé– donde el individuo se siente como espectador sin que la naturaleza del espectáculo le importe verdaderamente. [...] El espacio del viajero sería, así, el

arquetipo del no lugar” (91). Los campamentos mineros, ciudades transitorias, son en sí mismos no lugares de la sobremodernidad. También lo es el espacio narrativo de Cristoff: sus ciudades fantasma, su Patagonia suicida. Cañadón Seco, Las Heras.

### Patagonia y oxímoron

Antes de escribir *Falsa calma*, su primer libro, Cristoff cuenta que estuvo algunos meses recluida en una “estancia perdida en medio de Tierra del Fuego” (10), traduciendo los diarios íntimos de Thomas Bridges, un misionero anglicano que se instaló en el canal Beagle hacia la segunda mitad del siglo XIX. Bridges no era un misionero cualquiera: además de ser quien bautizara al pueblo canoero de los canales fueguinos como “yaganes” –en referencia al topónimo vernáculo del sector donde vivían, *Yagha*–, también compiló un diccionario de su lengua, con alrededor de 32.000 palabras, y tradujo fragmentos de la Biblia al mismo idioma (Peñaloza 104-113). Durante su estadía, Cristoff tuvo acceso al escritorio personal de Bridges, que contaba con una biblioteca especializada en relatos de viaje, cuya lectura, combinada con la traducción de los manuscritos, ejerció una gran influencia sobre su técnica narrativa. Cristoff señala: “tan extraña fue esa combinación que transformó mi escritura, o más bien la definió, la hizo posible, porque desde entonces esas formas no ficcionales están actuando en todo lo que escribo, y en lo que pienso mientras escribo” (10). En otro lugar, añade:

Fue una experiencia fundante en lo que tiene que ver con escribir, en el registro de las crónicas yo encontraba algo que me apelaba en el modo de narrar. Recopilar o compilar para mí es una de las instancias más de leer: uno lee y al mismo tiempo va delineando hipótesis, puntos de vista [...]. Después, a la hora de escribir, lo no ficcional y la Patagonia se me vuelven presencias irrefutables. No es que yo las elija tanto: aparecen. Cuando empecé a escribir este libro estaba muy interesada en la idea de pueblos fantasmas, de la decadencia, del abandono como tópico. Eso fue lo primero. Pero fue pensar eso e, inmediatamente, que los pueblos eran

patagónicos. Lo que me interesaba era averiguar qué pasa entre un lugar y la gente que lo habita, qué influjo ejercen los lugares sobre las personas. A veces me parece que el tópico es más el lugar que cualquier otra cosa. (cit. en Página/12)

La Patagonia tiene la extraña particularidad de transformar a las personas. También Darwin, como Cristoff, deliberaba sobre la inexplicable permanencia de la Patagonia en su memoria:

Cuando evoco los recuerdos del pasado, las llanuras de la Patagonia acuden frecuentemente a mi memoria, y, sin embargo, todos los viajeros están acordes en afirmar que son miserables desiertos. No puede atribuírseles casi más que caracteres negativos; en efecto, no se encuentran allí ni casas, ni agua, ni árboles, ni montañas; apenas si se ven algunos arbustos achaparrados. ¿Por qué, entonces, esos desiertos –y no soy el único que ha experimentado ese sentimiento– han causado en mi tan profunda impresión? (578)

Ocurre que la Patagonia es una tierra de contradicciones. Pese a la absoluta exposición de su horizonte sin límites, su territorio sigue velado para el observador. Andrés Barba señala: “bajo la superficie aparentemente tranquila del paisaje patagónico y de los rostros de quienes la habitan hay emociones contenidas, deseos que a veces no pueden contenerse por más tiempo, recuerdos difíciles de creer, ganas de huir y, sobre todo, muchas cosas que ocultar” (2016). Pese a las continuas vejaciones de la civilización, la Patagonia permanece tan inasible, tan inabarcable como lo fuera para los españoles durante la Colonia. Su naturaleza, en el amplio sentido de la palabra, sigue oculta, incluso para sus propios habitantes; explotada, pero, al mismo tiempo, incólume. Es la resistencia del paisaje que observara Darwin, o su persistencia como obstáculo (Livon-Grosman 95). Por eso, el oxímoron es una figura retórica perfectamente adecuada a las paradojas de su

esencia: la de no-lugar, la de su exposición velada, la de civilización salvaje, la de utopía distópica, la de su falsa calma, etcétera. La Patagonia, en definitiva, es siempre una contradicción, un obstáculo, la otra cara de la moneda. Y, por sobre todo, es la contracara de la civilización. En este sentido, pese a haber vivido dos décadas alejada de su tierra natal, Cristoff no podría ser una escritora más patagónica: “cada persona tiene una figura retórica que la identifica” –señala–. “Diría que la mía es el oxímoron” (cit. en Frieria).

### **Las ciudades fantasma y su correspondencia con el mito**

Los rasgos míticos de la Patagonia trascienden las fronteras nacionales. En su marginalidad, el territorio ha conservado una suerte de unidad cultural independiente de los gobiernos de Chile y Argentina. Lo mismo sus habitantes, víctimas por igual de la patología del abandono:

Sterne solía decir que los habitantes de un lugar son siempre supuraciones, “extensiones” humanas del espíritu del lugar en el que habitan. Cristoff parece ser de la misma opinión. Al igual que ese desolado paisaje patagónico, quienes viven en él parecen también estar girando (algunos más conscientemente, otros menos) alrededor de un vacío, una carencia. (Barba)

Desde la Perspectiva de Hudson, “el ser humano en soledad se vuelve semejante a un animal” (Chiuminatto y del Río 75). Aislado de sus pares, y ante la soledad del paisaje, el hombre se transforma en un salvaje. Darwin se lamentaba por la suerte de Jemmy Button, el yagán que, junto a otros de su etnia, fue llevado a Inglaterra, educado en su idioma y costumbres, y luego, tras ser liberado nuevamente entre los suyos –con el fin de comenzar la evangelización indígena–, volvió inmediatamente a sus viejos hábitos. En contacto con la civilización, adoptó las maneras del hombre civilizado; y en contacto con los indígenas, retomó la vida salvaje. “Jamás he visto cambio tan completo y tan triste” (280), escribía Darwin

con turbación. La lección, tan difícil de asimilar para el naturalista, es que la evolución no sigue necesariamente un camino lineal y predecible. Hay desvíos. Otriedades. Heterotopías. La propia Cristoff, perturbada por las historias de bandas de indígenas antropófagos que, a principios del siglo XX, asesinaban a los comerciantes ambulantes de la Patagonia y se comían sus corazones, reflexiona sobre la transformación que ocurre en su interior. Tras la lectura de la novela *El dragón rojo* (1981), de Thomas Harris, no puede evitar la comparación con su famoso personaje Hannibal Lecter: “lo que hago metiéndome en la vida, en los cuentos y cabeza de la gente es igual a lo que él hace. Que lo que yo llamo una voz bifronte es en realidad canibalismo” (111).

Cabe preguntarse cómo es que la idea de lo salvaje pudo persistir durante casi quinientos años en la literatura de viaje. De acuerdo a Juan Pablo Meneses, “es posible que la mirada latinoamericana de los viajes tenga que ver con cierta sensación de precariedad. Seguramente a partir de ahí podemos identificarnos bien con algunos lugares” (26). ¿Es que acaso el territorio está realmente maldito y, como el Rey Midas, corroe todo lo que toca? ¿Acaso todo aquel que entra en contacto con su ambiente precario está expuesto al influjo de un demonio salvaje? ¿Es posible que la barbarie sea una condición de suyo patagónica?

Los romanos antiguos creían en la existencia de un espíritu protector de cada lugar, al que llamaban *genius loci*. En el siglo XVIII, Alexander Pope lo llamó “atmósfera”, cuando establecía los principios del paisajismo; y luego, en pleno siglo XX, Christopher Norberg-Schulz lo convirtió en “carácter”, cuando argumentaba sobre la fenomenología de la arquitectura. Todos los lugares, dice este autor, tienen un carácter propio, siendo posible hablar de paisajes felices o amenazadores (14). Más adelante, menciona que el carácter del espacio arquitectónico depende de cómo se hagan las cosas (15) –en la acepción heideggeriana del desocultar–, lo que implica la idea de una construcción, en su sentido físico y metafísico. E implica, también, la participación de una voluntad constructora. Voluntad que en mucho se parece a la del escritor de crónicas que construye su relato en pos de una idea. Materia y ficción; el espacio físico, como el mítico, son construcciones colectivas

que se perpetúan sobre sí mismas. De acuerdo a Ticio Escobar, el mito, como “esquema de interpretación de lo real y resguardo contra los estragos de la contingencia” (29) —en cierto sentido depositario y motor de los procesos culturales—, manipulado por la cultura hegemónica y despojado de sus significados colectivos y sociales, se torna instrumento de propaganda. Borges sugería que “al nombre [de la Patagonia] no le corresponde un referente material”, sino que “como entidad sería parte de la literatura” (Livon-Grosman 47). Santiago Bondel aborda la misma disyuntiva argumentando que “la Patagonia responde más a una entidad perceptiva que a una estructura territorial de cierta autonomía y coherencia funcional” (5). Paradójicamente, la propia Cristoff, enclaustrada en la biblioteca de Bridges, entre cientos de tomos de relatos de viajes, tuvo acceso a la Patagonia imaginaria antes que a la real. El mito, firmemente arraigado en el imaginario literario, se retroalimenta.

Si durante el siglo XIX los indígenas eran considerados por el Estado como una simple “extensión de la naturaleza” (Livon-Grosman 21), los pobladores actuales de la Patagonia son sus directos herederos: “acá,” dice Cristoff, “que hay más perros que personas, a quién se le va a ocurrir pensar en los ciudadanos y sus derechos. Apenas llegan a reconocer que hay personas” (40). Ya en el siglo XIX, la escocesa Lady Florence Dixie había observado un fenómeno similar en su célebre relato de viaje *Across Patagonia* (1880). Sus impresiones sobre la ciudad de Punta Arenas, a la sazón puerta de entrada de la Patagonia Austral, dialogan muy cercanamente con el relato de Cristoff, retratando una ciudad melancólica y vacía, excepto por la presencia de algunos famélicos perros de caza:

I suppose there possibly may be drearier-looking places than the town of Sandy Point, but I do not think it is probable; and as we walked over the sand-covered beach in front of the settlement, and surveyed the gloomy rows of miserable wooden huts, the silent, solitary streets, where, at the moment, not a single living being was to be seen, save some hungry-looking ostrich-hound, we all agreed that the epithet of “God-forsaken

hole” was the only description that did justice to the merits of this desolate place, -nor did subsequent and fuller acquaintance with it by any means induce us to alter this unfavourable opinion. (Dixie 33)

La soledad, las calles vacías, la desolación, la preeminencia animal por sobre lo humano, lo salvaje, son parte de la esencia de las ciudades patagónicas. La gente va y viene, desaparece y muere sin explicación. Esto es, precisamente, lo que les da su connotación de ciudades fantasma. Porque, pese al deterioro del abandono –causa de ese aspecto tan apocalíptico, distópico, de fin de mundo–, no es el espacio construido lo que se desdibuja en su paisaje, sino sus habitantes, meros fragmentos de personas, sombras:

Durante esos días había tenido [...] mucho contacto con la calle, había pasado horas afuera y nada ni nadie me había molestado, incluso creo que casi nadie me había cruzado. Apenas, pero muy de vez en cuando, me había parecido que alguien –una mano, un brazo, el fragmento de una persona– corría la cortina desde adentro de una casa para verme pasar. (Cristoff 72)

La acción detenida, en suspenso, de una escena típica de película de horror: el observador misterioso que permanece anónimo hasta el momento de su revelación. O, como señala Cristoff más adelante, “aquella antigua inquietud, el miedo al encierro” (159) del cronista que “pasa de ser observador a observado” (71). La angustia de saberse ajeno e indeseado: repelido. Los perros de Cañadón Seco, como los de la Punta Arenas decimonónica, parecen más numerosos que las personas; se han tomado las calles y pululan por todas partes como sus verdaderos dueños: “entiendo que en Cañadón los animales comparten la localidad con la gente y no viceversa” (75), señala Cristoff, poco antes de sufrir el ataque del que parece ser el líder de una jauría, encarnación de una suerte de fuerza que procura su expulsión. Su desesperación “en ese momento no vino tanto de esa mordedura en

suspenso sino del hecho de mirar hacia todos lados [...] y no ver a nadie, absolutamente a nadie” (73).

Lo que inspira temor de la Patagonia, entonces, no es sólo su estado salvaje —como amenaza latente—, sino su soledad. O bien, la soledad frente a lo salvaje. O bien, lo salvaje que, en su soledad, subyace a la ciudad. El miedo a ese salvajismo solitario que lo subyace todo. ¿Qué más angustioso que una ciudad, el espacio de civilización o comunión humana por antonomasia, completamente vacía y/o reducida a un estado salvaje? Porque, como tan sucintamente lo plasmara Shakespeare en su célebre adagio de *Coriolano*: “¿Qué es la ciudad si no es el pueblo?” Una ciudad fantasma es como una no-ciudad, la antítesis de lo urbano. La promesa de lo que no fue. Despojo de otra dimensión, futura, terrible, donde ya todo se ha perdido y solo persiste el recuerdo de lo humano. Memoria de una época detenida en el tiempo, plasmada en sus calles y edificios en ruinas. Restos arqueológicos para el estudio de los hombres del futuro, que probablemente seguirán hablando del paisaje vacío, solitario y salvaje de la Patagonia.

Si para Cristoff “entrar en el campo es como entrar en otra dimensión” (167), para Livon-Grosman la Patagonia es “un territorio regido por otras leyes, un lugar donde es posible encontrar una realidad paralela” (49). Incluso Darwin, absorto ante la magnificencia del estrecho de Magallanes, señalaba esta condición de portal interdimensional: “vistos desde aquel lugar, los numerosos canales que se hunden en la tierra, entre las montañas, revisten matices tan sombríos que parecen conducir fuera de los límites de este mundo” (261). ¿Qué son, en efecto, las ciudades sin ciudadanos? Fantasmagorías. Espectros del pasado; *artefactos perlocutivos*.

Como escenario, la Patagonia es el lado oscuro de la civilización. Continuamente explotada desde la llegada del hombre blanco, primero los estancieros ocuparon la llanura con cientos de miles de ovejas, y, más adelante, las empresas petrolíferas la poblaron con incontables pozos y campamentos de extracción. Tampoco hay que olvidar la fiebre del oro de fines del XIX y principios del XX, que, pese a su brevedad, dejó cientos de dragas desparramadas por el

paisaje fueguino, como esqueletos de bestias antediluvianas detenidas por alguna catástrofe en medio de sus faenas. Otras fantasmagorías que antecedieron a las de hoy. Una catástrofe silenciosa que acabó, una vez más, en el abandono.

La barbarie de la Patagonia no es más que una extensión de la barbarie inherente a la civilización misma. Por su lejanía de los centros metropolitanos, éstos la han conceptualizado desde el principio como una otredad externa –comprendida como un cuerpo ajeno al propio–, y no como el otro polo de sí mismos. Pero la utopía y la distopía tienen un origen común. Sus fronteras se difuminan en su concreción. Para Augé, “el lugar y el no lugar son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación” (84). Porque la civilización necesita una trastienda donde ocultar los desequilibrios de su propia desmesura. La Patagonia tiene que ser un desierto en oposición al sobrepoblamiento de la gran ciudad. Tiene que estar vacía para identificar la plenitud metropolitana. Tiene que estar habitada por salvajes, para que los hombres civilizados puedan percibir su propio estadio evolutivo. Incluso “Darwin parece decir: lo primitivo es el otro y podemos reconocerlo como tal por poseer la distancia evolutiva que nos ha permitido llegar a ser observadores” (Livon-Grosman 81).

Sus habitantes, carentes de voz, han sido sistemáticamente utilizados y desechados: los indígenas, perseguidos hasta el exterminio; los obreros de principios del siglo XX, masacrados por protestar contra la explotación; y los ciudadanos actuales, imbuidos en una extraña corriente migratoria y suicida. El regionalismo, tan ferviente en estas latitudes, es un grito desesperado de los marginados por el reconocimiento de su identidad y su anhelo de participar del acontecer nacional. A fines del siglo XIX, Francisco Moreno había encontrado la manera de integrar a los indígenas al proyecto de nación, “haciéndolos formar parte de un proyecto científico que los ‘fija’ para siempre en un pasado remoto” (Livon-Grosman 127) como reliquias arqueológicas. En este sentido, para Moreno “el mejor indio es aquel que se puede encontrar en el museo” (114); o, dicho en las

palabras todavía más explícitas del general norteamericano Philip Henry Sheridan: “The only good Indian is a dead Indian”<sup>4</sup>. Hoy día, los centros hegemónicos no necesitan esgrimir intrincados argumentos ni ensuciarse las manos con sangre ajena: la población patagónica, marginada de los proyectos de nación, fulminada por la desidia y el aislamiento, ha llegado al extremo de suprimirse a sí misma. “Lo fantasmal no implica el vacío”, escribe Cristoff. Y Silvia Cruz agrega: “la Historia pone cuerpo, carne, materia a un relato lleno de silencios, de parajes huecos y de supersticiones. Y deja constancia de que a veces en los huecos lo que hay son cadáveres, no fantasmas” (2016).

### Bibliografía

- Acevedo, Pía. «70 años del descubrimiento del petróleo en Chile y la experiencia enapina en Tierra del Fuego. Un caso de patrimonio industrial magallánico.» *Enapinos. Los campamentos petroleros del fin del mundo*. Ed. Hugo Rueda y Daniela Balladares. Museo Histórico Nacional, 2016. 21-24. Digital. <[http://www.museohistoriconacional.cl/618/articles-73719\\_archivo\\_01.pdf](http://www.museohistoriconacional.cl/618/articles-73719_archivo_01.pdf)>.
- Augé, Marc. *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2000. Impreso.
- Avelar, Idelber. *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Cuarto Propio, 2000. Impreso.
- Barba, Andrés. "Falsa Calma." *El Cultural* 01 Jul. 2016. Digital. 27 Nov. 2011. <<http://www.elcultural.com/revista/letras/Falsa-Calma/38322>>.
- Bondel, Santiago. «La Patagonia y el imaginario geográfico, ¿tan solo una cuestión de mapas?» *Párrafos Geográficos* 3 (2004): 1-10. Digital.

---

<sup>4</sup> Si bien no existe documentación explícita que relacione directamente a Sheridan con la invención de tan emblemático refrán norteamericano, la historiografía le atribuye su autoría a partir de otra frase propia: “The only good Indians I ever saw were dead” (Mieder 52).

<[http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2004\\_V3/3-1.pdf](http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2004_V3/3-1.pdf)>.

Carvajal, Blanca. *Falsa calma, de María Sonia Cristoff*. Revista *Vísperas*, 9 de Sept. de 2017. Digital. 14 de Oct. de 2017.

<<http://www.revistavisperas.com/falsa-calma-de-maria-sonia-cristoff/>>.

Chiuminatto, Pablo y del Río, Rodrigo. «Patagonia: Retorno a lo desconocido, la paradójica reminiscencia de un paisaje vacío.» *Magallania* 44.1 (2016): 73-83. Digital.

<<http://www.magallania.cl/index.php/magallania/article/view/819/708>>.

Cristoff, María Sonia. *Falsa Calma. Un recorrido por los pueblos fantasma de la Patagonia*. Barcelona: Alpha Decay, 2016. Impreso.

Cruz, Silvia. *Altair Magazine*. 16 Jun. 2016. Digital. 14 Oct. 2017.

<<http://www.altairmagazine.com/blog/libros-falsa-calma-maria-sonia-cristoff/>>.

Darwin, Charles. *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: Joaquín Gil, 1945. Impreso.

Dixie, Lady Florence. *Across Patagonia*. London: Richard Bentley and Son, 1880. Impreso.

Escobar, Ticio. *El mito del arte y el mito del pueblo. Cuestiones sobre arte popular*. Santiago: Metales Pesados, 2008. Impreso.

Friera, Silvina. "María Sonia Cristoff y su novela Inclúyanme afuera." *Página/12* 10 Mar. 2014. Digital. 15 Oct. 2017.

<<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-31551-2003-04-24.html>>.

Gasel, Alejandro. «Rehabilitación de la Patagonia. Un territorio periférico escrito por la narrativa argentina actual.» *Boletim de Pesquisa NELIC* 11.16 (2011): 48-60. Digital.

<<https://periodicos.ufsc.br/index.php/nelic/article/view/1984-784X.2011v11n16p50/18461>>.



- Gutiérrez, Alejo. «Los asentamientos humanos de ENAP: una visión territorial.» *Enapinos. Los campamentos petroleros del fin del mundo*. Ed. Hugo Rueda y Daniela Balladares. Museo Histórico Nacional, 2016. 17-19. Digital. <[http://www.museohistoriconacional.cl/618/articles-73719\\_archivo\\_01.pdf](http://www.museohistoriconacional.cl/618/articles-73719_archivo_01.pdf)>.
- Hecht, Romy. «Trazado, paisaje y territorio: Cerro Sombrero y la arquitectura del petróleo en Magallanes.» *ARQ* 51 (2002). Digital. <<http://www.scielo.cl/pdf/arq/n51/art16.pdf>>.
- Kukso, Federico. "El karma de vivir al sur." *Página/12* 16 Oct. 2005. Web. 18 Oct. 2017. <<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-1789-2005-10-16.html>>.
- Livon-Grosman, Ernesto. *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2003. Impreso.
- Martínez Llorca, Ricardo. '*Falsa calma*', de María Sonia Cristoff. *Culturamas*, 25 Abr. 2016. Digital. 15 Oct. 2017. <<http://www.culturamas.es/blog/2016/04/25/falsa-calma-de-maria-sonia-cristoff/>>.
- Meneses, Juan Pablo. «Viajar para contarlo.» *PRL, La Primera Revista Latinoamericana de Libros* 1.2 (2007-2008): 25-26. Impreso.
- Mieder, Wolfgang. «El mejor indio es un indio muerto. Sobre la internacionalización de un refrán americano.» *Paremia* (2001): 49-55. Digital.
- Norberg-Schulz, Christian. *Genius Loci. Towards a phenomenology of architecture*. New York: Rizzoli, 1979. Impreso.
- Núñez Ladeveze, Luis. «De la utopía clásica a la distopía actual.» *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)* 44 (1985): 47-80. Digital. <<file:///C:/Users/Mirko/Downloads/Dialnet-DeLaUtopiaClasicaALaDistopiaActual-26825.pdf>>.

Página/12. *Me interesa el influjo de los lugares en las personas* 31 Jul. 2005.

Digital. 18 Oct. 2017. <<https://www.pagina12.com.ar/diario/cultura/7-54398-2005-07-31.html>>.

Peñaloza, Fernanda. «The missionary as a translator: Thomas Bridges and his Yamana-English dictionary.» Peñaloza, Fernanda, Wilson, Jason y Canaparo, Claudio. *Patagonia. Myths and Realities*. Bern: Peter Lang AG, 2010. 95-116. Impreso.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).